

el objeto de que sus familias pudiesen reconocerlos. Otros, la mayor parte, tenían los pies fuera con un poco de tierra sobre el pecho. La muchedumbre aglomerábase allí y la nube de curiosos se empujaba, divagando por entre los sepulcros, sintiendo algunas veces hundirse la tierra bajo sus pies; era que andaban sobre el vientre de algun cadáver. Cuando esto notaban, se volvían á mirar, encontrándose por un lado botas, zapatos ó botitos de mujer, y por el otro una cabeza que, por la presión que ejercían sobre el cadáver, se movía.

„Un ilustre testigo, el famoso estatuario David, hoy proscrito y errante, dice: „Ví en el cementerio de Montmartre cuarenta cadáveres, vestidos todavía con sus trajes, colocados unos al lado de los otros; algunas paladas de tierra cubríanlos hasta la cabeza, que dejaron descubierta para que los parientes pudiesen reconocerlos. Era tan escasa la tierra que se les había echado, que veíanse por todas partes los pies descubiertos. El público caminaba por encima de estos cadáveres, lo que me producía efecto horrible. Entre ellos veíanse las nobles cabezas de algunos jóvenes, manifestando valor hasta después de la muerte. Veíase también la criada de un panadero que la mataron en el momento que repartía el pan á los parroquianos de su amo, y á su lado una hermosa joven vendedora de flores del boulevard. Los que buscaban alguna persona desaparecida de la familia, veíanse obligados á atropellar los pies y los cuerpos de aquellos cadáveres para poder ver de cerca las cabezas.

„Oí á un hombre del pueblo decir con expresión de horror: „Se pasa por encima de los muertos como por encima de un trampolín.”

„La muchedumbre continuó recorriendo los diversos lugares en que depositaron las víctimas y sobre todo el centro de Bergère. Pero en este mismo lugar y en el mismo día 5, como la gente cruzase molestando y á fin de alejar á los curiosos, se puso un gran cartelón con estas palabras, escritas con letras mayúsculas:—*Aquí no hay cadáveres.*

„No retiraron los tres cadáveres de la calle Grange-Batelière hasta el día 5 por la noche.

„Como se vé, en el primer momento, y por el provecho que quiso sacar del golpe de Estado, no pensó en buscar medios para ocultar su crimen. No se ruborizó hasta más tarde. El primer día, por el

contrario, hizo ostentación de su delito. Además de ser atroz quiso ser cínico. Matar fué su medio y aterrorizar su objeto.

X.

„Consiguió el objeto que se propuso?

„Sí.

„Inmediatamente después de la tarde del 4 de Diciembre, el hervor público decayó; el estupor heló á todo Paris.

„La indignación, que levantara su voz contra el golpe de Estado, calló súbitamente aterrorizada por la matanza. Lo ocurrido no tenía semejanza á ningún suceso de la historia, y comprendió todo Paris que se veía obligado á luchar con algo desconocido.

„Craso mató á los gladiadores; Herodes degolló á los niños; Carlos IX exterminó á los hugonotes; Pedro de Rusia á los Strélitz; Mehemet-Alí á los mamelucos; Mahmoud á los jenizaros, y Danton mató á los prisioneros. Luis Bonaparte inventó una nueva matanza; la matanza de los transeúntes.

„Dicha matanza terminó la lucha.

„Hay momentos en que lo que debía exasperar á los pueblos les consterna. El pueblo de Paris sintió que le oprimía el pié de un bandido la garganta y no luchó más.

„Aquella misma tarde, Mathieu (de la Drôme) entró en donde estaba reunido el comité de resistencia y nos dijo: —“Ya no estamos en Paris, ya no tenemos República; estamos en Nápoles y sufriendo el yugo del rey Bomba.”

„Desde este momento, y á pesar de los esfuerzos del comité, de los representantes y de sus valerosos auxiliares, solo hubo ya en algunos puntos, como por ejemplo en la barricada del Petit-Carreau, débil resistencia, que se asemejaba, más que á un combate, á las últimas convulsiones de la desesperación. Todo había ya terminado.

„Al día siguiente, 5, las tropas victoriosas maniobraron, haciendo alarde en los boulevares. Se vió á un general enseñar el sable desenvainado al pueblo y gritar:—“*¡La República, aquí está!*”

„La degollación infame, la matanza de los transeúntes, fué la necesidad suprema, la “medida,” del 2 de Diciembre. Para ejecutarla se necesitaba ser traidor; para hacerla triunfar se necesitaba ser asesino.

„Por este procedimiento el golpe de Estado conquistó la Francia y venció á Paris. Sí, á Paris! Es preciso repetírselo

LIBRO CUARTO

Los otros crímenes.

I.

Cuestiones siniestras.

„Cuál fué el total de muertos?

Luis Bonaparte, sintiendo venir la historia é imaginándose que los Carlos IX pueden atenuar lo que acaeció en San Bartolomé, ha publicado, como documento *justificativo*, un estado llamado oficial “de las personas muertas el 2 de Diciembre.”

Se encuentran en la lista *alfabética* (1) menciones como las que siguen:

„Adde, librero, habitante en el boulevard Poissonnière, número 17; muerto en su casa.

Boursier, niño de siete años y medio; muerto en la calle Tiquetonne.

Belbal, ebanista, habitante en la calle de la Luna, número 10; muerto en su casa.

Coquard, propietario de Viere (Calvados); muerto en el boulevard Montmartre.

Debaecque, negociante, habitante en la calle del Sentier, número 45; muerto en su casa.

De Couvercelle, florista, habitante en la calle de San Dionisio, número 257; muerta en su casa.

Labilte, bisuterero, habitante en la calle de San Martin, número 63; muerto en su casa.

Moupeles, perfumista, habitante en la calle de San Martin, número 181; muerto en su casa.

Señora Grellier, ama de gobierno, habitante en el arrabal de San Martin, número 209; muerta en el boulevard Montmartre.

Señora Guillard, empleada en el comercio, habitante en el arrabal de San Dionisio, número 77; muerta en el boulevard de San Dionisio.

Señora Garnier, ama de llaves, habitante en el boulevard Bonne-Nouvelle, número 6; muerta en el boulevard de San Dionisio.

(1) El empleado que ha formado esta lista es, lo sabemos cierto, un estadista tan exacto como entendido, y formuló, sin que nos quepa duda alguna, el estado, de buena fé y con los datos que se le dieron, sin que nada pudiera hacer sobre los que le ocultaron. Queda, por lo tanto, el campo abierto á las conjeturas.

uno á sí mismo para creerlo. ¡En Paris! es donde ha ocurrido todo esto!

„Dios eterno! ¡Los basquiros entraron en Paris lanza en ristre y entonando su canto salvaje cuando Moscou fué abrasado; los prusianos entraron en Paris porque les tomaron á Berlin; los austriacos entraron en Paris porque Viena fué bombardeada; los ingleses entraron en Paris porque el campamento de Boloña habia amenazado á Lóndres; todos esos hombres, de naciones tan variadas, que llegaron á nuestras barreras á tambor batiente, tocando los clarines, con las banderas desplegadas, los sables desenvainados, arrastrando cañones, con las mechas encendidas, enagenados por el triunfo, enemigos, ávidos de venganza, vencedores, invocando con furor ante las cúpulas de Paris los nombres de sus capitales, Lóndres, Berlin, Viena, Moscou; todos esos hombres, decimos, cuando apenas pusieron el pié en la entrada de la ciudad; cuando apenas las herraduras de sus caballos resonaron en los empedrados de las calles; cuando, en fin, austriacos, ingleses, prusianos y rusos entraron en Paris y notaron en sus murallas, en sus edificios, en su pueblo, algo de predestinado, de venerable y de augustísimo, sintieron el santo horror que les inspiró la ciudad sagrada y comprendieron que se levantaba ante sus ojos, no la ciudad de un pueblo, sino la ciudad del género humano, y las espadas entonces les cayeron de las manos.

„Asesinar á los parisienses; tratar á Paris como plaza tomada por asalto; entrar á saco uno de sus barrios; violar la segunda Ciudad Eterna; asesinar la civilización en su santuario; ametrallar á los ancianos, á los niños y á las mujeres; lo que Wellington habia impedido á sus montañeses semidesnudos; lo que Blücher no permitió á su landwehr; lo que Platow no habia osado mandar á sus sacos, tú, tú te atreviste á mandar á los soldados franceses, para cubrirte eternamente de vergüenza y de oprobio; vergüenza y oprobio que no alcanza al pueblo francés, que protesta de tu execrable crimen.”

Señora Ledaust, ama de gobierno, habitante en el Pasaje del Cairo, número 76; muerta en la Morgue.

Francisca Noël, chalequera, habitante en la calle de Fossés-Montmartre, número 20; muerta en la Caridad.

El conde Poniuski, rentista, habitante en la calle de la Paz, número 32; muerto en el boulevard Montmartre.

Señora Raboisson, costurera; muerta en la Casa Nacional de la Salud.

Señora Vidal, habitante en la calle del Temple, número 97; muerta en el Hotel-Dieu.

Señora Seguin, bordadora, habitante en la calle de San Martin, número 240; muerta en el hospicio Beaujou.

Señorita Seniac, empleada en una tienda, calle del Temple, número 196; muerta en el hospicio Beaujou.

Thirion de Montauban, propietario, habitante en la calle de Lanery; muerto en la puerta de su casa, etc. etc.,

Abreviemos. Luis Bonaparte, en dicho documento, confiesa *ciento noventa y un asesinatos*.

Este documento, considerando quién lo hizo redactar, ¿qué total verdadero debemos deducir de él? ¿Cuál es la cifra real de las víctimas? ¿De cuántos cadáveres, el golpe de Estado de Diciembre, está cubierto? Quién lo puede decir? Quién lo sabe? Quién lo sabrá jamás?

Como hemos visto anteriormente, asegura un testigo: "Allí encontré treinta y tres cadáveres."

Otro, con respecto á otro punto del boulevard, dice: "Nosotros contamos diez y ocho cadáveres en una longitud de veinte ó veinticinco pasos."

Otro, situado en otra parte, dice: "Había allí, en un espacio de sesenta pasos, más de sesenta cadáveres."

El escritor que indicamos más atrás, tanto tiempo amenazado de muerte, nos ha dicho: "Ví con mis propios ojos más de ochocientos muertos en toda la longitud del boulevard."

Ahora buscad, calculad cuántos cráneos destrozados y pechos atravesados por la metralla se necesitan para cubrir de sangre, "tomándolo al pie de la letra," medio cuarto de legua de los boulevares.

Haced como las esposas, como las hermanas, como las hijas, como las madres desesperadas; coged una antorcha é id durante la noche á examinar el suelo, el pavimento, las paredes; reunid los cadáveres, interrogad á los espectros, y contad si podeis el número de las vícti-

mas... Todo se reduce á conjeturas! Es cuestión reservada para la historia, pero que nosotros nos comprometemos á examinarla y profundizarla más tarde.

El primer día Luis Bonaparte hizo ostentación de la matanza; ya hemos dicho el por qué; le era útil.

Poco despues, y cuando sacó del golpe de Estado el partido que se proponía, quiso disminuirla. Para ello expidió la orden de callar á las gacetas del Elíseo; la de omitir á Magnan y la de ignorar á los historiadores.

Enterraron á los muertos á media noche, sin luces, sin cortejo fúnebre, sin canto alguno, sin sacerdote, furtivamente, y prohibiendo á las familias llorar en alta voz.

No solo hubo matanza en el boulevard, sino en varios sitios de Paris, como hubo fusilamientos sumariados y ejecuciones inéditas.

Uno de los testigos á quien hemos interrogado preguntó á un jefe del batallón de la gendarmería móvil, la cual se distinguió durante aquellos asesinatos:

—Vamos á ver, ¿cuál será la cifra de los muertos? ¿cuatrocientos?

El jefe hizo un movimiento que indicaba que no lo había adivinado.

—Seiscientos?

El jefe movió la cabeza, indicando que aun no había acertado.

—Ochocientos?

—Ponga V. mil doscientos, dijo el jefe, y se quedará corto.

Desde la mañana del crimen Luis Napoleón selló las imprentas y suprimió la palabra; dió esas órdenes el hombre del silencio y de la noche.

En los días 2, 3, 4, 5 y los restantes hasta hoy, la verdad ha sido cogida por el cuello y estrangulada en el momento que ha querido hablar.

Bonaparte ha condensado la oscuridad sobre su criminal asechanza, y en parte ha conseguido su objeto.

Cualesquiera que sean los esfuerzos de la historia, el 2 de Diciembre quedará envuelto, quizás por largo tiempo todavía, en una especie de siniestro crepúsculo. Dicho crimen lo fraguaron la audacia y la sombra: por un lado se ostenta cínicamente en pleno día; por otro vá á esconderse entre las brumas de la oscuridad. Desvergüenza insolente y odiosa, que oculta bajo su manto no se sabe cuántas monstruosidades.

Pero con lo que deja entrever basta; el 2 de Diciembre está oculto en las tinie-

blas; se ven, sin embargo, al través de ellas algunas tumbas.

Detrás del atentado general se distingue confusamente una nube de atentados. La Providencia lo quiere así, y une á las traiciones las necesidades.

Ah! ¡Tú, Bonaparte, has sido perjuro, has violado tu juramento y has infringido el derecho y la justicia, para alcanzar lo que tu ambición te exigía; pero ¡ay, no parará ahí tu crimen! Prepárate á coger una cuerda, porque te verás obligado á extrangular; prepárate á empuñar el puñal, porque te verás obligado á asesinar; prepárate á levantar la maza, porque te verás obligado á derribar; busca la sombra, mira la noche, porque te verás obligado á ocultarte. La carrera del crimen es como la de la bola de nieve sobre una pendiente, que á medida que rueda adquiere más volumen; un crimen llama á otro crimen; el horror también tiene su lógica.

El primer paso que se dá cuesta más ó menos, pero ya dado, viene otro, y luego otro, y más tarde otro, y así se sigue sin cesar. La ley es como el velo del templo, que cuando se rasga es de arriba á bajo.

Sí, repitémoslo; en lo que se llama el acto del 2 de Diciembre se encuentran todos los detalles del crimen, los detalles que le caracterizan; el perjurio en la superficie, el asesinato en el fondo. Asesinatos parciales, matanzas en masa, metrallazos en pleno día, fusilamientos durante la noche; por todas partes, del golpe de Estado se escapa denso vapor de sangre. Buscad en la fosa común de los cementerios, bajo el pavimento de las calles, bajo las pendientes del Campo de Marte, bajo los árboles de los jardines públicos y en el fondo del Sena, pero encontrareis pocas revelaciones. Bonaparte ha tenido el arte de que se le adhiriesen multitud de miserables en la nación oficial por medio de horrible complicidad.

Los papeles timbrados de los magistrados, los escritorios de los notarios, las cartucheras de los soldados y las preces de los sacerdotes son sus cómplices. Echó su crimen á manera de red en torno suyo, y los prefectos, los alcaldes, los jueces, los oficiales y los soldados quedaron cogidos en ella.

La complicidad desciende del general al cabo de escuadra y se eleva de éste al presidente.

El gendarme cuya pistola ha disparado contra la cabeza de un desgracia-

do, que salpicó de sangre su uniforme, es tan culpable como el coronel.

Las órdenes dadas por los hombres atroces de arriba han sido ejecutadas por los hombres feroces de abajo.

La ferocidad guarda el secreto de la atrocidad. De esto nace el silencio horroroso. Entre la ferocidad y la atrocidad ha habido á un mismo tiempo emulación y empeño; lo que se le escapaba á la una lo cogía la otra.

El porvenir no querrá creer en estos prodigios de encarnizamiento.

Pasaba un obrero por el Pont-aux-Chaúges, cuando se vió detenido de pronto por los gendarmes móviles; uno de estos le huele las manos y dice: "Huelen á pólvora," y fusilan al obrero: cuatro balas le atravesaron el cuerpo.

—Echadle al agua! grita un sargento. Los gendarmes le cogen por la cabeza y los pies y le arrojan desde lo alto del puente.

El cuerpo de aquel desgraciado sumergióse en seguida, flotó luego y corrió agua abajo; pero su blusa le retuvo, dejándole enganchado bajo el arco de un puente.

Sin embargo, no había muerto; el agua le había reanimado un poco, pero estaba privado de todo movimiento, y la sangre le manaba á la vez por cuatro agujeros.

Los empleados del puerto que lo encontraron le sacaron y condujeron al hospital, donde curó. Al día siguiente de su restablecimiento salió del hospital, pero apenas llegó á la calle fué detenido y conducido ante un tribunal de guerra. La presa que la muerte había rechazado fué cogida por Luis Bonaparte. Aquel hombre está hoy encerrado en Lambessa.

Las horribles escenas nocturnas que solo el Campo de Marte ha visto, y que tanto le han horrorizado y deshonrado, no las puede relatar todavía la historia. Gracias á Luis Bonaparte, este campo augusto de la Federación podrá llamarse en adelante Haceldama.

Uno de los soldados á quien el héroe del 2 de Diciembre convirtió en verdugo, cuenta con horror y en voz baja que en una sola noche el número de los fusilados fué de ochocientos.

Luis Bonaparte ha cavado apresuradamente una fosa y ha enterrado en ella su crimen. La cubrió con algunas paladas de tierra y la bendijo con algunos hisopos de algún sacerdote... No

hizo más, y entre tanto el carnaval imperial danza encima de ella.

Y es eso todo? ¿Todo ha terminado ahí? ¿Permite Dios y acepta tales enteramientos? No lo creais.

Algun día, bajo los pies de Bonaparte y en el mismo pavimento de mármol del Elíseo ó de las Tullerías, se abrirá bruscamente esa fosa y permitirá salir uno tras otro, enseñando su herida, á cada uno de aquellos inocentes cadáveres; el jóven con su corazón atravesado, el anciano moviendo la venerable cabeza destrozada por una bala, la madre abrazada con su hijo muerto en sus brazos; sí, todos se alzarán, y puestos de pié, lívidos, terribles, fijarán en su asesino sus ojos sangrientos.

Desde hoy, y mientras llega ese día, la historia comienza tu proceso, Luis Bonaparte, rechazando tu lista oficial de los muertos y tus *documentos justificativos*, porque dice que ellos mienten y que mienten tú también.

Has vendado los ojos de la Francia y amordazado su boca... Por qué?

Acaso para cometer acciones leales? No; para perpetrar crímenes. El que huye de la luz es porque quiere cometer acciones ruines.

Tú has asesinado durante la noche, en el Campo de Marte, en la Prefectura, en el palacio de Justicia, en las plazas, en los muelles, en todas partes.

Tú dices que no.

Yo digo que sí.

Tenemos derecho á sospechar de tí; derecho á no creerte; derecho á acusarte. Cuando niegas, se tiene el derecho á creer lo contrario.

Tu 2 de Diciembre lo señala la conciencia pública con el dedo. Nadie recuerda dicho día sin sentir secreto horror.

¿Qué es lo que has hecho envuelto en la oscuridad?

Tus días son horribles, tus noches sospechosas.

Volvamos á la matanza del boulevard, á las palabras "que se ejecuten mis órdenes," y á la jornada del 4.

Luis Bonaparte debió compararse aquel día con Carlos X, que no quiso incendiar á Paris, y á Luis Felipe, que no quiso derramar la sangre del pueblo, haciéndose al propio tiempo la justicia de que era un gran político.

Algunos días despues, el general Th..., antiguo adicto á uno de los hijos de Luis Felipe, se dirigió al Elíseo. Aun estaba lejos, cuando Luis Bonaparte, y haciendo en su mente la comparacion

que acabamos de indicar, gritó con aire de triunfo al general:—¿Qué tal?

Solo M. Luis Bonaparte es el hombre verdaderamente capaz de decir á uno de sus ministros de otro tiempo esto que sigue, y de cuyos labios lo oimos:—*Si yo hubiese sido Carlos X y si en las jornadas de Julio hubiese cogido á Laffitte, á Benjamin Constant y á Lafayette, les hubiera hecho fusilar como perros.*

La misma tarde del 4 de Diciembre, Luis Bonaparte habria sido arrancado del Elíseo y la ley habria triunfado, á ser él uno de esos hombres que vacilan ante la matanza. Pero por fortuna para él, su corazón no sentia tales delicadezas.

¿Qué significaban para él algunos cadáveres más ó menos?

¡Ea, matad; matad á diestro y siniestro, dad sablazos, fusilad, cañonead, destruid, romped; aterrorizadme á la odiosa ciudad de Paris!

El golpe de Estado vacilaba y la terrible matanza lo afirmó.

Luis Bonaparte estuvo á punto de perderle la felonía y le salvó la ferocidad.

Si no hubiese sido más que un Faliero, sin duda alguna hubiera sucumbido; pero afortunadamente para él era un César Borgia.

Echóse á nadar con su crimen en un inmenso río de sangre. Otro menos culpable hubiérase ahogado irremisiblemente, pero él atravesó ileso. Esto es lo que se llama tener fortuna.

Hoy se encuentra en la ribera opuesta, procurando secarse y enjugarse, chorreando sangre, que él toma por púrpura, por lo que cree que merece el esplendor y la gloria del imperio, y lo reclama.

II.

Continuacion de los crímenes.

«**E**se que contemplais es el malhechor!...»

¿Y nadie te aplaudirá, ¡oh santa verdad!, cuando á los ojos de la Europa, á los ojos del mundo, en presencia del pueblo, á la faz de Dios, invocando el honor, el juramento, la fé, la religion, la santidad de la vida humana, el derecho, la generosidad de todas las almas, las esposas, las hermanas, las madres, la civilizacion, la libertad, la República, la Francia; cuando delante de sus criados, de su Senado y de su Consejo de Estado; cuando delante de sus generales, de

sus sacerdotes y de sus agentes de policia, tú, que representas el pueblo, porque el pueblo es la realidad; tú, que representas la inteligencia, porque la inteligencia es la luz; tú, que representas la humanidad, porque la humanidad es la razon, y en nombre del pueblo encadenado, en nombre de la inteligencia proscrita, en nombre de la humanidad violada, ante todos esos esclavos que no pueden ó que no osan decir una palabra, te levantes y abofetees á ese bandido del orden?

Ah! Que otro busque palabras más benignas. Es cierto que soy franco y duro, porque no tengo piedad para el desapiadado; pero de ello me vanaglorio.

Prosigamos.

A lo que acabamos de referir añadid todos los demás crímenes, sobre los que hablaremos en más de una ocasion, y cuya historia, si Dios nos dá vida, relataremos detalladamente. Añadid á las prisiones en masa con circunstancias feroces el desbordamiento de las cárceles (1), la secuestro (2) de los bienes de los proscritos en diez departamentos, especialmente en la Nievre, en el Allier y en los Bajos-Alpes; añadid la confiscacion de los bienes de Orleans con la par-

(1) El Boletín de las Leyes publicó el decreto siguiente con fecha 27 de Marzo:

«Vista la ley del 10 de Mayo de 1838, que clasifica los gastos ordinarios de las prisiones departamentales, y entre los cuales hay quien debe ser inscrito en los presupuestos de los departamentos;

»Considerando que tales gastos no tienen el carácter de ocasionados por los arrestos que tuvieron lugar á consecuencia de los sucesos de Diciembre;

»Considerando que los hechos en razon de los cuales se multiplicaron estos arrestos se referian á un *complot* contra la seguridad del Estado, cuya represion importaba á la sociedad entera, y que desde luego es justo hacer pagar por el Tesoro público el excedente de gastos que resultó del *aumento extraordinario* por la multitud de prisiones,

»Decreto:

»Se abre al ministerio de lo Interior, sobre los fondos del ejercicio de 1851, un crédito extraordinario de 250.000 francos, aplicable al pago de los gastos que resulten de las prisiones verificadas á continuacion de los acontecimientos de Diciembre.»

(2) Digne 5 de Enero de 1852:

«El coronel comandante del estado de sitio en el departamento de los Bajos-Alpes,

»Decreta:

»En el término de diez días, los bienes de los acusados de evasión serán *secuestrados* y administrados por el director de los dominios del departamento de los Bajos-Alpes, conforme á las leyes civiles y militares, etc.

»FRIRION.»

Se podrian citar diez decretos semejantes de los comandantes de estado de sitio. El primero de los malhechores que cometió el crimen de la confiscacion de bienes, y que ha dado el ejemplo de ese género de arrestos, se llama Eynard, general entonces. Desde el 18 de Diciembre puso bajo secuestro los bienes de un cierto número de ciudadanos de Moulins, «porque, dice él con cinismo, la *instruccion comenzada no deja duda alguna* sobre la parte que han tomado en la *insurreccion* y en los pillajes del departamento de Allier.»

TOMO III.

te dada al clero. Schinderhannes hacia siempre la parte del cura. Añadid las comisiones mixtas y la comision llamada de Clemencia (1); los Consejos de guerra en confabulacion con los jueces de instruccion, y multiplicando las abominaciones, los destierros por hornadas, la expulsion de una parte de la Francia fuera de Francia, como lo indican los tres mil dociientos desterrados ó deportados en solo el departamento del Hérault.

Añadid á esa espantable proscripcion, solo comparable con las máa trágicas desolaciones de la historia, á los que por tendencia, por opinion, por disidencia honrada con el gobierno, ó por una palabra de hombre libre dicha hasta antes del 2 de Diciembre, prende, encierra, proscribete; añadid á ella al labrador que arranca del campo, al obrero que arranca del taller, al propietario que arranca de su casa, al médico que arranca de sus enfermos, al notario que arranca de sus estudios, al consejero general de sus administrados, al juez de su tribunal, al marido de su esposa, al hermano de su hermano, al padre de sus hijos y al hijo de sus padres, marcando con una cruz siniestra todas las cabezas, desde la más ilustre hasta la más humilde; nadie se escapa.

Estando en Bruselas entró una mañana en mi cuarto un hombre andrajoso y con la barba muy crecida.

—Acabo de llegar, me dijo; he hecho el camino á pié, y hace días que no he comido.

Al oír esto ordené que se le diera á comer, y le pregunté:

—De dónde viene usted?

—De Limojes.

—Por qué ha venido usted aquí?

—No lo sé; se me ha arrojado de mi casa.

—Pues qué es usted?

—Yo, señor, soy almadreñero, zapatero.

Añadid también el Africa, la Guyana, las atrocidades de Bertrand, las atrocidades de Canrobert, las atrocidades de Espinasse, las atrocidades de Martimprey, los cargamentos de mujeres expedidos por el general Guyon; al diputado Miot llevado de casamata en

(1) La cifra de las *condenas* íntegramente mantenidas (se trata en la mayor parte de transportaciones) se hallaba, en la data de las relaciones, distribuida del modo siguiente:

Por M. Canrobert.	3.876
Por M. Espinasse.	3.625
Por M. Quentin Bauchard.	1.634

TOTAL.	9.135
----------------	-------